

ro no habló de él como todas, ni se espresó con disgusto ni con satisfaccion de la boda; escuchó la noticia y calló.

Tambien acontecia que D^a Inés hacia ya muchos dias habia cambiado enteramente de carácter.

Una sombría tristeza habia sucedido á la jovial alegría que formaba el fondo de su carácter. D^a Inés se habia negado á asistir á todas las diversiones á que habia sido invitada y apenas se la veia salir de su casa.

D. Manuel de Medina, su padre, apenas habia notado esta variacion. D. Manuel era viudo y estaba de tal manera entregado á las intrigas de la política, y comprometido en la causa del príncipe con el padre Nitardo, que cuanto pasaba en la casa era para él completamente extraño.

Los partidarios de D. Juan de Austria se reunian en la casa del marqués de Rio-florido; allí se discutian los negocios de mas importancia, allí se tramaban mil intrigas; la casa del marqués era el centro de operaciones de todos los descontentos de la corte y el padre Nitardo y los suyos llegaron á tener conocimiento de todo esto.

D^a Inés, ó bien porque fuese verdaderamente adicta á la causa del príncipe, ó bien porque no teniendo otra ocupacion, buscaba en la política un medio de distraerse, lo cierto era que habia seguido el hilo de todas aquellas maquinaciones sin perder absolutamente nada.

El padre Nitardo era astuto y sagaz, sabia que se conspiraba en la casa del marqués, sabia quiénes entraban á esa casa, pero nunca habia logrado alcanzar de qué se trataba allí, cuáles eran sus planes, cuáles sus recursos y sus elementos.

Sentia la tempestad, pero no la veia, y no podia conjurarla; hubiera dado la mitad de los tesoros de la reina, hu-

VII.

En donde se vé cómo se venga una mujer ofendida, y otras cosas que sabrá el curioso lector.



A corte de Madrid, estaba conmovida: corrian en ella dos grandes noticias.

La una era la partida de D. Juan de Austria para el Brabante con los refuerzos que iban de España y la otra el casamiento que se habia celebrado de D. Fernando con D^a Eugenia.

Comentaban este matrimonio de mil maneras: unos decian que el padre Nitardo lo habia arreglado rápidamente, los otros que D^a Eugenia se habia arrojado á los piés de la reina para pedirle que la uniese con D. Fernando, y otros agregaban, aunque en reserva, que D^a Mariana de Austria se habia negado con obstinacion, pero que un dia alcanzó ver al jóven, y mudó repentinamente de opinion, y mandó que la boda se celebrara cuanto antes.

Ya nosotros referiremos mas adelante algunos pormenores cuando vengán á cuento.

D^a Inés de Medina, la hija del marqués de Rio-florido, supo como todas que se habia verificado aquel enlace, pe-

biera hecho cualquier concesion para tener un hilo en aquel laberinto, pero todos los esfuerzos habian sido inútiles y comenzaba ya á desesperar.

Una noche el padre Nitardo trabajaba en el aposento reservado en que le hemos visto entrar con Valenzuela en el principio de esta historia.

Aquel aposento era un amplio salon: las paredes estaban casi ocultas por una gran estantería de cedro en donde se veian multitud de volúmenes de todos tamaños, desde los *in-folium* en pergamino, hasta los pequeños almanaques y lunarios.

Grandes mesas habia por todo el aposento sobrecargadas de legajos de papeles, y solo dos sillones de madera blanca forrados de baqueta negra y con grandes clavos de bronce.

Podia asegurarse que desde aquel triste y oscuro recinto estaban gobernadas la *España y las Indias*, y el hombre que allí estudiaba, meditaba y resolvia, era el verdadero rey.

Solo dos personas tenian facultad para penetrar en aquella especie de sagrario: D. Fernando de Valenzuela y D. Antonio de Benavides: el primero habia llegado á ser el secretario, el consultor íntimo y secreto del padre Nitardo; el segundo no era más que un criado, un lacayo de honor, pero que tenia toda la confianza del favorito.

El primero, era el alma del jesuita como hombre público, el segundo, lo era como hombre privado.

La noche en que nosotros hemos penetrado al gabinete del padre Nitardo, el confesor de la reina, á la luz de una bujía de cera, leia y escribia sentado delante de una de las grandes mesas, que destinadas parecian á recibir cada una

un ramo distinto de la administracion, ó de la correspondencia del padre Nitardo.

Llamaron suave á la puerta con tres golpes: el padre Nitardo alzó la cabeza, y cubriendo la luz de la bujía con la mano estendida para ver mejor á la persona que entraba, exclamó:

—Adelante.

Se abrió la puerta y penetró en la estancia D. Fernando de Valenzuela.

—Santas noches dé Dios á V. E.—dijo D. Fernando.

—Ah! erés tú, Valenzuela? pasa, hijo mio, que ya hacia largo rato que te aguardaba.

Como se ve, el padre Nitardo habia llegado á tener gran confianza y cariño á D. Fernando.

—Perdóneme V. E., pero en el servicio de Su Majestad me he detenido.

—Qué sucedió?

—Héme empeñado en descubrir cuál sea la trama que urden los partidarios del príncipe, que ajitados y recelosos los miro hace dos ó tres dias, y reciben correos y envian emisarios, pero con sijilo tan grande y tan suma prudencia que no es posible sacar nada en limpio.

—Espero que muy pronto cortaremos todas esas tramas: el príncipe D. Juan, segun estas cartas que acabo de recibir, ha llegado á la Coruña, y supongo fundadamente, segun las órdenes que lleva, que se embarcará dentro de tres ó cuatro dias: entonces, léjos él de la corte y embarazado con las operaciones de la campaña, dispersaremos como una bandada de gorriones á todos esos hombres que se empeñan en elevarlo.

—Témome, señor, que intenten ellos algo antes de que

se verifique el embarque del príncipe D. Juan; porque en esta misma noche he visto en las calles, cerca de la casa del marqués de Rio-florido, á D. Pedro de Pinilla, capitán de los tercios de Flandes, y partidario del príncipe, que se hallaba ausente de Madrid.

—Noticia tenia yo ya de la llegada del capitán Pinilla, y que vino á la corte, sé, con D. Bernardo Patiño, el hermano del secretario de D. Juan: algo preparan; pero estamos prevenidos.

—En la casa del marqués de Rio-florido hay esta noche una reunion.

—Ya se la vijila. ¿D^a Eujenia nada ha observado en la cámara de S. M?

—Nada absolutamente. Su Majestad se ha quejado con ella de la guerra que esos hombres hacen á V. E. y dícho-la que antes sucumbiria que permitir que falten en nada á su confesor.

—Dios mande el acierto á tan magnánima reina.

Tres golpecitos dados en la puerta interrumpieron aquella conversacion.

—Debe ser Antonio—dijo el padre—D. Fernando, hazme la gracia de mirar.

Valenzuela se levantó, abrió la puerta, y volviendo el rostro hácia donde estaba el padre, le dijo:

—Es Benavides.

—¿Qué quiere?

D. Fernando habló en voz baja á Benavides, y dijo dirigiéndose al padre:

—Dice que le interesa mucho hablar con V. E.

—Déjale que pase.

Valenzuela abrió uno de los batientes, y D. Antonio

de Benavides entró hasta donde estaba el padre Nitardo.

—¿Qué se ofrece?

—Señor, una dama encubierta, me ha hecho llamar, y dice que importa á la salud del reino que hable ella esta misma noche y en este momento mismo con V. E.

—¿Quién es ella?

—Lo ignoro completamente: solo á V. E. quiere confiar su nombre y su condicion; agrega que tiene un secreto de la más alta importancia.

—¿En dónde está?

—En un aposento inmediato téngola oculta.

—Que venga, pues.

Benavides hizo una reverencia y salió.

—Valenzuela—dijo el padre—una dama quiere hablarme en secreto, espérame en tu habitacion, que yo te enviaré á llamar con Benavides.

D. Fernando salió tambien haciendo una profunda reverencia.

Pocos momentos despues, D. Antonio conducia hasta la puerta á una dama que hizo entrar, quedándose él por fuera.

La dama vestia de negro y estaba cubierta con un tupido velo.

—Pase vuestra merced, señora—dijo el padre—y dígame en qué puedo servirla.

—Si me lo permitís, señor, tomaré asiento, que fatigada estoy, más por la violencia que me cuesta el paso que doy, que por el cansancio del camino.

—Puede vuestra merced hacer lo que mejor la plazca.

La dama acercó un sitial á la mesa, se sentó, respiró un poco y despues de tomar asiento, dijo:

—Señor, voy á descubrir un secreto importantísimo para la monarquía y para vos, pero como este secreto tanto vale, el precio de él debe estar asegurado de antemano.

—Dispuesto estoy á dar su precio, si lo que se descubre vale lo que se exige.

—Tanto se descubre, cuanto es poco lo que se pide.

—¿Qué se descubre, pues?

—Primero, lo que se pide, reverendísimo padre: sois el poderoso y á mí me corresponde antes el asegurarme.

—Pues veamos lo que se pide.

—Únicamente un salvo-conducto con la firma del R. Padre confesor de S. M. é inquisidor general de estos reinos, en favor del marqués de Rio-florido.

—Pero el marqués es uno de los principales conspiradores.

—No es, señor, de los principales, y algo debe valer ese salvo-conducto cuando en cambio se dá un tan gran secreto, que si el marqués fuera inocente ni gracia era dar el salvo-conducto, ni la pena valia de pedirse: mucho es pero por mucho se dá.

—Sea como dice vuesa merced, señora; se dará el salvo conducto.

—Es que ha de ser ahora mismo, si no nada diré.

—Exigente viene vuesa merced.

—El tiempo vuela, el negocio urje y el secreto importa.

—Bien.

El padre Nitardo tomó un pergamino, y se puso á escribir en él.

Rechinó la pluma largo rato sobre la tersa superficie de aquella piel: por fin, el padre firmó.

—El sello, señor—dijo la tapada.

—Ningun requisito quiere vuestra merced, señora, que falte.

—Cuando me hayais conocido, vereis cuánta razon tengo para ello.

El padre puso un gran sello en el pergamino.

—Ahora tómele vuesa merced, señora—dijo con gran calma el padre—y léale, á ver si está á su gusto.

La tapada alzóse un poco el velo y leyó detenidamente el pergamino.

El padre Nitardo la dirijia miradas ávidamente curiosas, pero no pudo reconocerla.

—Está á mi gusto: ahora hablaré.

—Ante todo ¿quién es vuestra merced, señora?

—Yo soy—dijo la tapada alzándose completamente el velo y dejando ver un rostro encantador—D^a Inés de Medina, hija del marqués de Rio-florido.

—¡Ave María Santísima!—dijo el padre Nitardo retirándose.

—No os asombreis, señor; oídme, y entonces calificareis mi conducta.

El padre Nitardo, sin volver de su asombro, se dispuso á escuchar, y D^a Inés comenzó de esta manera.